

ma en cada año, y es de esperar que la comparación hará a los guarismos costarricenses más significativos.

El 94 % de los jóvenes en el ejemplar representativo de los costarricenses así comparados, y el 92 % de los muchachos de Nueva York contraerían matrimonio, siendo todos los otros factores satisfactorios, con una persona de condición económica más baja que la de ellos. (Véase la tabla N° 1). En ambos casos el 82 % de las muchachas están dispuestas a contraer matrimonio con una persona de tales condiciones. Ninguna de las dos muestras representativas pone mucho más énfasis en el buen parecido o agradable apariencia, porque el 79 % de las muchachas de la Universidad de Nueva York y el 32 % de los muchachos se muestran dispuestos a contraer matrimonio con una persona decididamente no bien parecida si todos los otros factores son satisfactorios; mientras que las muchachas costarricenses consideran la belleza como la menos importante de las 24 características deseadas en un compañero o consorte, y aun los muchachos, al ordenar las 27 características que ellos desearían en su consorte, por orden de importancia, le asignan el 22º lugar.

Si las otras características son satisfactorias, el 42 % de las muchachas costarricenses, y el 14 % de los muchachos, están dispuestos a contraer matrimonio con una persona decididamente fea.

Ambos grupos concuerdan en evitar el matrimonio con una persona de disposición desagradable: el 9 % de las muchachas y el 7½ % de los muchachos, en la muestra representativa costarricense, contraerían matrimonio con una persona de esas condiciones, mientras que solamente el 4 % de cada sexo, en el ejemplar representativo realizado por Baber, harían tal cosa, siendo todos los otros factores satisfactorios, esto es, contraerían matrimonio con una persona de "disposición y personalidad no atractivas".

El asunto de la moralidad aparece considerablemente como más importante para los costarricenses en la selección del consorte, porque solamente el 5 % de las muchachas y el 9 % de los jóvenes se encuentran dispuestos a contraer matrimonio con alguien de moralidad inferior a la propia, aun cuando todos los otros factores sean satisfac-

TABLA NO. 1.—LAS ACTITUDES DE 274 ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA (103 MUCHACHOS Y 171 MUJERES) EN LA ELECCION DE CONSORTE.

PREGUNTAS	Porcentaje de las contestaciones de los muchachos.		Porcentaje de las contestaciones de las muchachas.	
	SÍ	NO	SÍ	NO
¿Siendo todos los otros factores satisfactorios, contraería usted matrimonio con:				
1.—una persona de condición económica más baja que la suya?	94	6	82	18
2.—una persona decididamente fea?	14	86	42	58
3.—una persona de disposición desagradable?	7½	92½	9	91
4.—una persona cuya moral sea inferior a la suya?	9	91	5	95
5.—una persona procedente de una familia de posición social inferior a la suya?	61	39	43	57
6.—una persona de credo religioso diferente al suyo?	66⅔	33⅓	49	51
7.—una persona enferma: si estaba así cuando Ud. la conoció?	13	87	6	94
o si se enfermó después de haberse hecho íntimos amigos?	48	52	41	59
8.—una persona menos inteligente que usted?	48	52	23	77
9.—una persona menos educada que usted?	31	69	17	83
10.—una persona a quien sus dos padres o uno de ellos desapruaban?	85	15	65	35

torios, mientras que el 20 % de las muchachas norteamericanas, y el 29 % de los muchachos, están dispuestos a hacerlo. Un grupo de mujeres casadas al comentar estos resultados hacía notar que los costarricenses debido a la herencia de la España del siglo XVI, tienen más conciencia de la vergüenza que los norteamericanos. Si a un mucha-

TABLA NO. 2.—CLASIFICACION DE «24» CARACTERISTICAS DESEABLES EN UN MARIDO HECHA POR 171 MUCHACHAS, Y DE «27» CARACTERISTICAS DESEABLES EN UNA ESPOSA HECHA POR 103 MUCHACHOS DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

MUCHACHAS		MUCHACHOS	
GRADO CARACTERISTICA	Cociente de importancia	GRADO CARACTERISTICA	Cociente de importancia
1.—«Cultura».....	1.035	1.—Agrado por la vida doméstica.....	1.116
2.—Personalidad.....	1.079	2.—Amor a los niños.....	1.120
3.—Buena salud.....	1.090	3.—Buena salud.....	1.145
4.—Agrado por la vida doméstica.....	1.109	4.—Fidelidad.....	1.155
5.—Fidelidad.....	1.120	5.—Habilidad para manejar la casa.....	1.240
6.—Temperancia en el uso del licor.....	1.160	6.—Cultura.....	1.264
7.—Capacidad para ganar dinero.....	1.190	7.—Educación.....	1.320
8.—Amor a los niños.....	1.271	8.—Castidad.....	1.362
9.—Naturaleza afectuosa.....	1.273	9.—Personalidad.....	1.378
10.—Inteligencia.....	1.327	10.—Limpieza.....	1.415
11.—Sociabilidad.....	1.360	11.—Naturaleza afectuosa.....	1.509
12.—Aplomo.....	1.409	12.—Inteligencia.....	1.514
13.—Educación.....	1.409	13.—Buena índole.....	1.534
14.—Buena índole.....	1.600	14.—Temperancia en el uso del licor.....	1.609
15.—Piedad.....	1.900	15.—Sociabilidad.....	1.700
16.—Habilidad para conversar.....	1.930	16.—Habilidad para cocinar bien.....	1.750
17.—Vivacidad.....	2.120	17.—Hospitalaria.....	1.813
18.—Igual posición social por lo menos.....	2.201	18.—Aplomo.....	1.890
19.—Castidad.....	2.359	19.—Temperancia en uso del cigarro.....	1.910
20.—Temperancia en el uso del cigarro.....	2.890	20.—Piedad.....	2.180
21.—Dinero.....	2.920	21.—Igual posición social por lo menos.....	2.209
22.—Amor a los deportes.....	2.960	22.—Belleza.....	2.220
23.—Habilidad para bailar.....	3.240	23.—Habilidad para conversar.....	2.220
24.—Buen parecido.....	3.590	24.—Vivacidad.....	2.317
		25.—Amor a los deportes.....	3.350
		26.—Dinero.....	3.708
		27.—Habilidad para bailar.....	3.710

El cociente de importancia se determina dividiendo la suma de los valores asignados a cada característica conforme el empleo de la escala usada (véase parte IV). La mayor proximidad del cociente de importancia a la unidad, determina el grado.

cho norteamericano le gusta una muchacha, a él le gusta y no le importa su pasado, dicen ellas, pero un costarricense comienza por averiguar el pasado de ella y si la muchacha ha dado algún mal paso, él la deja.

La procedencia familiar de una persona es también importante para los costarricenses. La pregunta de Baber fué expresada en los siguientes términos: "una familia que usted considere inferior a la suya", mientras que en el estudio hecho en Costa Rica, el aspecto que se consideró fué el de la posición social. Mientras que el 75 % de las muchachas de los Estados Unidos estudiarían matrimonio con una persona procedente de una familia que ellas consideren inferior a la propia, solamente el 43% de las muchachas costarricenses se casarían con una persona de posición social inferior a la de ellas.

En ambos casos los muchachos son más liberales: el 61 % de los costarricenses y el 76 % de los norteamericanos se manifestaron dispuestos a ello. Este énfasis dado a la posición social parece típico de los costarricenses, quienes, a pesar de su amor a la democracia, toman muy en cuenta las divisiones de clases y los antecedentes familiares. Esto puede deberse en parte a la limitada movilidad posible en un país pequeño y dispersamente poblado, donde aun en las principales ciudades comúnmente se dice que "todo el mundo se conoce". Tal vez una muestra representativa de estudiantes norteamericanos de ciudades más pequeñas daría resultados más concordantes o similares.

A causa de ser Costa Rica oficialmente católica, el hecho de que los estudiantes expresaran en esta muestra representativa mayor disposición que los americanos para contraer matrimonio con una persona de diferente credo religioso es sorprendente; el 49 % de las muchachas costarricenses y el 66 y 2/3 % de los muchachos costarricenses contestaron que sí, comparado con el 42 % de las muchachas y el 58 % de los muchachos en el ejemplar de Baber. Fué en esta pregunta donde se encontró la única diferencia de edad apreciable; los estudiantes de Derecho, que como grupo es mayor que el grupo de estudiantes de la Facultad de Pedagogía, expresaron una mejor disposición para contraer matrimonio con persona de diferente religión; el 75 % del total

contestaron que sí, y los alumnos del tercer año de Derecho en su 90 % se mostraron dispuestos a ello. Las muchachas de mayor edad se mostraron ligeramente más dispuestas a hacerlo que las de menor edad.

El grupo de señoras anteriormente mencionadas, sin embargo, comentó que aunque estos porcentajes parecían estigmatizar a los costarricenses por tener una fe religiosa superficial, dichos porcentajes estaban afectados por otros factores diferentes a los del poder de la religión. El grupo estudiado, dijeron, está en la edad en que para los jóvenes es un orgullo ser librepensadores, especialmente en el caso de los varones, quienes piensan que ser irreligiosos es ser muy varones. Cuando ellos en realidad llegan a contraer matrimonio, sin embargo, muy pocos se casarían con protestantes, en parte a causa de la oposición de sus familias y en parte a causa de sus propias convicciones, más profundamente asentadas de lo que se imaginan. Una señora agregó: "todas las muchachas desean casarse con americanos, sean protestantes o católicos; y eso afecta sus contestaciones". Un varón que suministró informes, afirmó que las muchachas frecuentemente tratan de convertir a sus cónyuges después del matrimonio y que él sabía de varios casos en los cuales ellas habían tenido éxito.

Como en el caso del estudio norteamericano, ambos sexos expresaron mayor disposición para contraer matrimonio con una persona enferma, si la enfermedad la había adquirido después de haberse conocido íntimamente y no así en el caso de que la persona se encontrara enferma en el momento en que por primera vez se conocieron. El 41 % de las muchachas costarricenses y el 50 % de las americanas estuvieron dispuestas a hacerlo en el primer supuesto, como también lo manifestaron el 48 % de los muchachos costarricenses y el 49 % de los norteamericanos. Sin embargo, si la persona ya estaba enferma cuando por primera vez se encontraron, únicamente el 6 % de las costarricenses y el 4 % de las norteamericanas estarían dispuestas a casarse con ella, mientras que el 13 % de los costarricenses y el 6 % de los norteamericanos lo harían así.

En el estudio del profesor Baber los factores inteligencia y educación fueron tratados conjuntamente, mientras

que en el estudio costarricense se introdujeron preguntas separadas para cada uno de estos atributos. Tanto los varones como las señoritas costarricenses consideraron la educación como algo más importante que la inteligencia. Mientras que el 23 % de las muchachas contraerían matrimonio con una persona de menor inteligencia, solamente el 17 % se casaría con persona de menos educación. El 18 % de las muchachas norteamericanas estudiadas contraería matrimonio con persona de menor inteligencia o menor educación que la de ellas. Los muchachos costarricenses parecen ansiar más que los muchachos norteamericanos tener una esposa que por lo menos tenga igual inteligencia e igual educación que ellos. Mientras que el 76 % de los muchachos norteamericanos contraerían matrimonio con una muchacha de menor inteligencia o educación que ellos, únicamente el 48 % de los costarricenses contraería matrimonio con una muchacha de menos inteligencia y solamente el 31 % se casaría con una de menos educación. En ambos casos, hay tendencia de las muchachas a poner más énfasis en estos rasgos que los muchachos. El hecho de que los costarricenses deseen relativamente más educación en sus esposas que los americanos puede deberse a la gran importancia que los costarricenses le conceden a la educación. Los periódicos le dedican mucho espacio a la discusión del sistema educacional. Una proposición que se oye muy frecuentemente es: "Costa Rica tiene más maestros que soldados".

Una pregunta adicional le fué hecha al grupo costarricense: ¿siendo otros factores satisfactorios, contraería usted matrimonio con una persona a quien uno o ambos de sus padres desapruében? El 65 % dijeron que sí lo harían y en igual sentido se pronunciaron el 85 % de los muchachos. Las muchachas más jóvenes relativamente se manifestaron más dispuestas que las mayores a hacerlo. Los estudiantes de Derecho, todos varones, se mostraron más dispuestos a ello, pues el 91 % dijo que sí. Esta disposición para desatender los deseos paternos contrasta grandemente con la manera de ser de las dos o tres generaciones anteriores, cuando los matrimonios eran con frecuencia dispuestos por contrato entre los padres.

Todas menos cinco de las ciento setenta y una mu-

chachas desean contraer matrimonio con hombres mayores que ellas: 5 años más fué la elección modal y media, tal como lo fué en el estudio de Baber. Como en ese estudio, "3 años más jóvenes" fué la elección media de los muchachos, pero más estrecha correspondencia entre los deseos de los muchachos y de las muchachas que en aquel estudio, porque la elección modal de los muchachos fué de "5 años más joven", comparado con 3 años en el ejemplar de los Estados Unidos.

— III —

La pregunta, "Preferiría usted contraer matrimonio con un costarricense..... o con un extranjero..... (si es así, ¿de qué nacionalidad?.....)", tuvo las contestaciones siguientes: el 19 % de las muchachas y el 12 % de los muchachos prefirieron no contraer matrimonio con costarricenses, mientras que el 44 % de los muchachos y el 50 % de las muchachas indicaron que les gustaría contraer matrimonio con extranjeros. Los últimos porcentajes incluyen a un número que prefieren a los extranjeros y un número adicional que contraería matrimonio con cualquiera de ellos indiferentemente. De los 26 muchachos que mencionaron nacionalidades específicas, 16 pusieron en lista nacionalidades del Norte de Europa y norteamericanos. Únicamente cinco mencionaron otras nacionalidades latinoamericanas, 2 mencionaron española, 1 italiana, 1 judía y uno oriental.

Casi el 50 % (25) de las 56 muchachas que mencionaron nacionalidades específicas pusieron en lista norteamericanos. Otras 16 mencionaron nacionalidades del Norte de Europa, mientras que 8 nombraron otras nacionalidades latinoamericanas y 7 mencionaron italianos o españoles como de su preferencia.

Este deseo comparativamente fuerte de contraer matrimonio con norteamericanos o con europeos del Norte puede deberse en parte al gran número de elementos de esas nacionalidades que ocupan una alta posición en la vida industrial y comercial del país. Las muchachas con frecuencia dicen que las mujeres norteamericanas tienen más libertad, y que los hombres norteamericanos respetan a sus esposas más que los costarricenses. El mismo grupo de señoras an-

teriormente mencionado, algunas de ellas madres de estudiantes que dieron contestación a las preguntas del cuestionario, dijo: "Esto es así principalmente porque los norteamericanos tienen dinero. Las muchachas también creen que los maridos norteamericanos son más leales, considerados y serviciales, y menos celosos". Un joven que suministró informes y que posee título de bachiller de uno de los colegios de los Estados Unidos, dijo que las muchachas costarricenses desean salir de Costa Rica y ansían contraer matrimonio con extranjeros porque así ellas pueden "ir de lugar en lugar y hacer lo que quieren".

Existe una estrecha concordancia entre los sexos al dar contestación a la pregunta "¿Cuál es el sueldo mínimo con que le gustaría a usted comenzar su vida matrimonial?" La graduación en ambos casos fué de ₡ 200.00 y la media fué de ₡ 250.00. Los términos medios fueron también muy semejantes: ₡ 253.00 para las muchachas y ₡ 256.00 para los muchachos. Ellos no fueron, sin embargo, tan modestos en cuanto a lo que esperaban estar ganando diez años después de haber contraído matrimonio, especialmente si se considera que una muestra representativa de 100 de estos estudiantes refirió que las entradas mensuales de sus familias eran únicamente de ₡ 350.00. La mediana de las expectativas de las muchachas fué de ₡ 500.00 mensuales; el término medio de ₡ 513,50. La mediana de las expectativas de los muchachos fué también de 500.00; el término medio fué de ₡ 632.00.

— IV —

Un cuestionario sobre la importancia relativa de 24 características deseables en un esposo les fué hecho a 171 muchachas, y un cuestionario similar con relación a 27 características deseables en una esposa fué presentado a los 103 muchachos. (Véase la tabla N^o 2). Se les pidió que lo marcaran haciendo uso de la siguiente escala: (1) características muy importantes; (2) importantes; (3) algo importantes; (4) de mínima importancia y (5) de ninguna importancia.

Las jóvenes costarricenses insisten, sobre todo, en la

cultura y la personalidad del marido. Buena salud, gusto por la vida del hogar, fidelidad, temperancia en el uso del licor y capacidad para ganar siguieron en sucesión sumamente estrecha.

Las características de mayor importancia para los muchachos en sus esposas fueron: agrado por la vida del hogar, amor a los niños, buena salud, fidelidad y habilidad para el manejo de los asuntos domésticos. Esta preferencia por los rasgos relativos a los quehaceres domésticos se notó también en las contestaciones dadas a una pregunta puesta al grupo y cuya contestación tenía que ser si o no. El 86 % de los muchachos y el 87 % de las muchachas se pronunciaron por la afirmativa del enunciado: "El lugar de la mujer está en la casa". Este marcado conservatismo del grupo educado del país, y especialmente de las muchachas, indica una importante razón por la cual los costarricenses, aunque se enorgullecen de ser progresistas, no tienen todavía el voto femenino, a pesar del grado de coeducación que existe en el país y del creciente número de mujeres que devengan sueldos como empleadas.

Ambos sexos hicieron hincapié en la fidelidad, dándole las muchachas un cociente de importancia ligeramente mayor. Los rasgos indicados por las muchachas tendieron a recibir, como en todo, un cociente de importancia comparativamente más alto: el rasgo de la cultura que clasificaron de primero tuvo un cociente de importancia de 1.035, mientras que el que clasificaron de primero los muchachos tuvo un cociente de importancia de 1.116; el rasgo que las muchachas clasificaron de último, el del buen parecido, tuvo un cociente de importancia de 3.590, mientras que el que clasificaron de último los muchachos, el de la habilidad para el baile, tuvo un cociente de importancia de 3.710.

La diferencia más amplia en la apreciación estuvo en el rasgo de la castidad. Dicha característica fué clasificada por las muchachas en el décimonono lugar con un cociente de importancia de 2.36; mientras que los muchachos la clasificaron en el octavo lugar con un cociente de 1.36. Esta mayor importancia que comparativamente se le da a la castidad femenina puede verse también en la supervivencia de la costumbre del chaperonaje de la muchacha, el requisito

formal con que un pretendiente solicita al padre el permiso para cortejar a su hija, petición que hace suponer la existencia de un interés serio, y otras actitudes similares.

El aspecto relativo a la agradable disposición tuvo menos importancia para uno y otro sexo de la que tuvieron el aspecto de la educación y el de la inteligencia. Mientras que los estudiantes de los colegios norteamericanos, como se ha visto, aparentemente prefieren consortes con menor educación que la de ellos, los muchachos costarricenses clasificaron este rasgo como el sétimo en importancia, 1.32. Las muchachas, sin embargo, lo colocaron en el décimotercio lugar, 1.42.

En ambos sexos los varios rasgos específicos de la personalidad tendieron a agruparse en torno a la mediana en la importancia de la clasificación. Los demás rasgos materiales tales como la apariencia, el dinero, el interés por los deportes y la habilidad para el baile fueron clasificados uniformemente entre los de más baja importancia.

En el espacio que se dejó libre para que los estudiantes pusieran cualesquiera otros rasgos que los estudiantes creyeran indispensables en el consorte o la cónyuge, los muchachos enumeraron, en orden descendente por el número de veces que cada uno fué mencionado: económica, comprensiva, deseo de continuar cultivando el saber y la cultura, respetuosa, sin celos, ordenada, buena trabajadora y paciente. "Comprensivo" fué el rasgo que con mayor frecuencia mencionaron las muchachas; otros rasgos adicionales fueron: buen trabajador, afectuoso y respetuoso.

— V —

Los resultados de este estudio parecen indicar una similitud general entre las normas o patrones para la selección de consorte entre los estudiantes norteamericanos y costarricenses. La estrechez de esta similitud puede indicarse por una observación que resulta de las varias preguntas que fueron suficientemente similares para permitir una comparación con el estudio de Baber; es decir, que el sexo parece determinar diferencias más marcadas que la nacionalidad en la contestación de las preguntas relativas a las

actitudes en los aspectos de la condición económica, la buena apariencia, el credo religioso y la edad. Esto es, los muchachos costarricenses y los muchachos norteamericanos, parecen estar en más estrecha correspondencia que los muchachos y las muchachas norteamericanas. También, las muchachas costarricenses y norteamericanas parecen estar en más estrecha correspondencia en relación con estos rasgos que los muchachos y las muchachas costarricenses. Las excepciones significativas de estas observaciones están en las preguntas relativas a la moralidad y a la posición social de la familia, considerablemente más importante para los costarricenses que para los norteamericanos, y las relativas a la inteligencia y la educación de la consorte mucho más importantes para los muchachos costarricenses que para los norteamericanos.

Una disposición o índole agradable, personalidad, cultura, educación, normas aceptables de moral, buenos antecedentes familiares, fidelidad y buena salud parecen ser los requisitos generales exigidos por los estudiantes de la Universidad de Costa Rica en su consorte, deseando los muchachos además que sus esposas sean buenas amas de casa y buenas madres, y las muchachas que sus maridos sean hábiles para ganar lo suficiente para vivir bien.

Las funciones tradicionales de los sexos—la esposa como ama de casa y como madre, y el padre como el ganador del pan—se reflejan en las normas o patrones para la selección de consorte de esta muestra representativa de 274 estudiantes de la Universidad de Costa Rica.

— :: —



HISTORIA DE LA CAÑERÍA DE HEREDIA

Por MANUEL A. ARCE M.

A la memoria de don Tranquilino Sáenz,
un hombre íntegro.

Era una tarde de invierno. Había terminado mis labores rutinarias y sentí el deseo de aprovechar las horas que aun quedaban en algo que me dejara una enseñanza y fuera a la vez un regalo para el espíritu. Dirigí mis pasos hacia la casa de don Tranquilino Sáenz, mi viejo profesor de Historia. Cuando llegué, estaba paseándose en el corredor de su casa, rumiando quién sabe qué ideas; estaba igual que cuando, siendo yo un chiquillo de primer año, era mi profesor de Historia, con la diferencia de que ahora lucía una barba blanca y larga que me hizo recordar el rostro de algunos filósofos y patricios antiguos; este parecido me vino a la imaginación en cuanto a lo físico, ya que desde el punto de vista moral e intelectual estaba bien acentuada en mí la semejanza. En verdad, siempre que en mis ratos de ocio dedicaba el tiempo a leer la vida de un gran hombre, fero moral de algún pueblo o alguna época, inconscientemente se me venía a la memoria la silueta de don Tranquilino.

Llegué a la puerta y después de saludarlo le dije:

—Don Tranquilino, deseo que Ud. me cuente algo de la Heredia vieja, sobre todo del origen y desarrollo de nuestra cañería.

—Sí señor, con mucho gusto—contestó—. Pase adelante.

“Señor”—¡me pareció tan raro! ¡Señor a mí, que podría haber sido su hijo, y aun más, su nieto! ¡A mí, que comparativamente a sus años, inteligencia y civismo resultaba ser un chiquillo! Pero es que él, como gran hombre

que era, siempre encontraba algo de grande en sus semejantes. Era al estilo de esos hombres que si ven a un pe-tirrojo cubriendo de hojas secas el cadáver de un animal, creen que lo hace por piedad y no porque esperan que nazcan más pronto miles de larvas con las cuales podrá darse un festín. Era de los bien pensados, como los llama Tomás Meabe. Aquilataba a sus semejantes conforme a su manera de ser y de pensar; por eso encontraba siempre algo de bueno y admirable en los demás. ¡Espíritu sublime ajeno a las bajas pasiones! ¡Qué bien estaría su nombre entre los de las "Vidas" de Romain Roland!

Una vez en la sala y después de haberle repetido mi deseo, clavó su vista en el vacío como queriendo rasgar con la mirada el velo del tiempo para poder revivir aquellos días o recordar lo que su padre, don Matías, le contara, y dijo:

"El problema de la mala agua de Heredia ha sido de siempre. Esta ciudad, en los primeros días, estaba situada al sur de donde está actualmente, es decir, más o menos donde está La Lagunilla, lugar donde casi no había agua potable; por esa razón sus pobladores decidieron acercarse más a Barba y San Rafael, lugares donde se encontraba en mayor cantidad y con más facilidad; escogieron, pues, el sitio donde está ahora. Una vez en él, los heredianos decidieron traer el agua, lo lograron.

La primera cañería la constituyó un zanjón que dividía a la ciudad en dos partes y la recorría de este a oeste, (actualmente avenida novena), y luego tomaba la dirección sur, por la que es hoy Calle de San Felipe, y seguía luego hacia el oeste, pasando por San Francisco. El agua era traída a ese zanjón por medio de una acequia procedente de San Rafael, de tal manera que recorría la parte noreste de la ciudad.

A esa cañería primitiva iban las mozas muy de mañanita, rebosantes de alegría y con su tinaja al cuadril, a recoger el agua que habían menester para las faenas del día, cuidando de no salpicarse su almidonada camisa de gola blanca o sus enaguas floreadas.

Cuando llovía, la zanja, en algunas partes, ponía en apuros a la gente, que tenía que atravesarla por medio de

tablas que eran verdaderos puentes. Pero este estado de cosas no podía permanecer igual indefinidamente; algunas personas debían preocuparse por mejorarlo. Estas personas aparecieron: fueron dos ilustres hombres, cuya memoria debemos honrar, pues sus hechos y palabras repercuten aún en el ambiente: fueron don Juan María Solera Reyes y don Rafael Moya.

El primero era el sacristán de la Parroquia y hombre de consideración; se preocupó mucho por traer el agua de las fuentes de San Rafael y por mejorar las zanjas.

Don Rafael era el Gobernador de Heredia allá por el año de 1850. Por ese tiempo hubo un terremoto que destruyó, entre otros edificios, la fachada de la Parroquia; en esa época aquélla estaba en línea recta con las torres. El viajero que al caer de la tarde viera la silueta de la iglesia, allá a lo lejos, encontraba cierta semejanza con una cabeza de burro con las orejas muy paradas; por eso se la apodó "Cabeza de Burro". Al indagar el por qué la fachada se había destruído y las torres no, casi todos convinieron (y con ellos el señor Gobernador), en que éstas habían presionado a aquéllas hasta tal punto que no pudo mantenerse en pie. Don Rafael se preocupó por reparar los daños, aunque fuera en parte, e insistió en que se construyera salida, como está actualmente. Los trabajos duraron varios años y se llevaron a cabo en la época en que nuestro país estaba en la guerra del 56".

En este punto don Tranquilino se había apartado del tema, según mi parecer, y se disponía a seguir adelante, cuando le interrumpí diciéndole:

—Eso no tiene relación con el asunto de la cañería, pero continúe Ud.... Ya sabe que cualquier aspecto me interesa mucho.

—¿Cómo que no tiene relación?—me replicó. Ya verá usted.

Sonrió alegremente al ver que me interesaba su conversación. Sus vivos ojos se achicaron hasta esconderse casi por completo entre sus párpados. Cuando reaparecieron, estaban más brillantes que antes.

—Si no está cansado continúe—me dijo.

—No señor, yo nunca me canso de oírlo a Ud.—le repliqué.

Sonrió de nuevo y continuó diciendo:

—“Ahora verá Ud. si tiene o no relación lo de la Iglesia con el asunto que nos ocupa.

Por ese tiempo había salido una compañía de heredianos a luchar contra los filibusteros; esa compañía tomó parte en las batallas de Santa Rosa y Rivas. A Heredia llegó la noticia de que sus hijos se habían portado bizarramente y habían llevado a cabo verdaderas proezas, pero a la vez llegó la mala noticia de que, debido al cólera, enemigo más temible que las balas, habían sufrido severas pérdidas a manos del enemigo, motivo por el cual se disponían a regresar a su ciudad natal.

Don Rafael decidió hacerles un caluroso recibimiento, pero para ello hacía falta dinero. ¿Cómo solucionar este problema? Decidió entonces pedir una contribución a todos los vecinos. Al llamado de don Rafael respondieron gustosos, y así pudo recolectar una buena suma.

Cuando se recibió la noticia de que los soldados se encontraban en San Antonio de Belén, don Rafael, junto con muchos conciudadanos se dirigió a ese pueblo con el objeto de darles la bienvenida. Llegó la compañía, y cuando todos esperaban que sus componentes, llenos de alegría, se desbandarían para saludar a sus familiares y amigos, vieron, no sin asombro, que continuaron marchando silenciosamente hacia Heredia, sin dibujarse en sus labios ni la más tenue sonrisa. Una vez todos en su ciudad natal, la gente decía: Seguramente van al Cuartel General, (que estaba situado donde está hoy la Escuela República Argentina). Sin embargo, pasaron por su frente, no entraron y continuaron marchando, marchando, sin decir una sola palabra. Entre los civiles nació y tomó cuerpo una nueva suposición: “Van a la casa de don Rafael”, pero ante el asombro de todos, pasaron frente a dicha casa y no entraron tampoco. Ante tan gran misterio, no cabía más que esta otra hipótesis: “Van al Cabildo”; pasaron frente a su edificio y tampoco entraron. En este punto el asombro del pueblo llegó a su colmo. Por todas partes se oían las más raras historias y se hacían las más diferentes conjeturas. Realmen-

te era algo raro; algo nunca visto. ¿Por qué aquellos hombres que tenían tanto que contar no hablaban? ¿Por qué miraban a sus familiares y amigos como si fueran desconocidos? ¿Por qué no prodigaban una sonrisa siquiera? Entre todas las hipótesis e historias que surgieron con la rapidez del rayo como por obra de encantamiento, la que tuvo unánime aceptación fué la siguiente: "Estos soldados cayeron prisioneros de Walker, y como ese bandido es tan malo, les cortó la lengua y luego los dejó en libertad".

¡Claro!, eso tenía que ser. ¿Qué otra explicación había?

Llenos de compasión y como sonámbulos, los civiles continuaron acompañando a sus desgraciados compatriotas cuando inesperadamente vieron que entraron en la Iglesia, oraron, y después de dar gracias a Dios, salieron, estrecharon a los suyos y contaron los episodios más impresionantes de la guerra. Y, ¿por qué no habían hablado antes? No lo habían hecho porque era una promesa que debían cumplir a toda costa.

El espíritu del pueblo no estaba como para fiestas: ¡había tanto luto por doquier! ¿Y el dinero que había recogido don Rafael? Al principio pensó en devolverlo, pero, ¿quiénes habían dado y cuánto cada uno? Él no había llevado cuentas. ¡Cuentas! ¿Y para qué? En ese tiempo no hacían falta. Un pueblo constituido por gentes honradas cree en la honradez de sus gobernantes, y más tratándose de don Rafael. Hubiera sido un crimen haberle hecho siquiera una insinuación al respecto, insinuación que tuviera el más leve asomo de desconfianza. Así se vivía en esa Heredia de antaño, en esa Heredia de sanas costumbres y alto sentido de responsabilidad que nos hace exclamar con Manrique que "todo tiempo pasado fué mejor".

¿Qué hizo entonces con el dinero? Decidió gastarlo en mejorar la cañería: mandó construir una buena atarjea para conducir el agua de San Rafael a esta ciudad y otras tantas abiertas que atravesaban casi todas las cuadras principales. El caño principal llegaba primero a la Plaza Nueva (hoy Parque González Flores), donde había una fuente en forma de cabeza de león. Ésa era la cañería pública. Este caño principal, después de atravesar la ciudad, se des-

viaba hacia Barrio Mercedes, de manera que los vecinos de ese lugar se aprovechaban también del agua.

Los trabajos de esta cañería primitiva los hizo Fadrique Gutiérrez, que fué candidato a la presidencia y obtuvo 34 votos”.

—¿Se convence, jovencito?—dijo don Tranquilino haciendo un paréntesis. ¿Se convence de que sí tiene relación lo de la Guerra del 56 con el tema que estamos tratando?

—Sí—le contesté. Tiene Ud. razón. Pero continúe, continúe; está muy interesante la conversación.

—Con mucho gusto. ¿Quiere que continuemos, o seguimos mañana? Yo por mi parte, podría estar muchas horas más.

—Yo también, don Tranquilino—le dije—. Continúe. No sabe cuánto me agrada su conversación.

—Pues bien—dijo. Arrimó más su silla y continuó de esta manera:

“La segunda cañería la hizo don Juan Brealey, socio de negocios de don Braulio Morales. Después de separarse de éste, hizo un contrato con la municipalidad para construir una nueva cañería, por la que cobró 25.000 pesos. Una vez terminados los trabajos, la municipalidad se negó a recibir la obra, alegando que los tubos que se dirigían de este a oeste eran más delgados que los de las calles y por esa razón las casas que tenían que recibir el agua de esos tubos se quedaban sin ella o la recibían en poquísima cantidad. Además, don Juan se había comprometido a hacer la pila del Parque Central, más o menos del tamaño que tiene ahora, y la hizo más pequeña. Como la municipalidad se negaba a pagarle, don Juan se fué a ver a don Tomás Guardia, Presidente de la República en ese entonces, el cual pagó la obra con dinero del Estado e hizo que la municipalidad la recibiera y por supuesto, ésta acató la orden muy gustosa, por aquello de que “a caballo regalado no se le busca el colmillo”. El Gobernador de ese entonces era don Juan Vicente Gutiérrez.

Después vino como Gobernador don Juan Flores, uno de los heredianos que más honraron a su ciudad con el brillo de su talento y la nobleza de su corazón. Era médico y como tal, comprendió la necesidad de que Heredia tuviera agua

pura. A pesar de que ya existía una cañería regular, el agua venía impura porque la acequia que la conducía de San Rafael era abierta y en ella las rafaletas lavaban su ropa, los animales tomaban el agua y los cerdos se revolcaban; hasta se dijo, y no sin insistencia, que una yegua se había ahogado y podrido en ella.

El Dr. Durán, Presidente de la República en ese tiempo, era íntimo amigo del Dr. Flores y por esa razón venía a visitarlo a menudo. Cuando esto hacía, los heredianos se daban el gusto de verlo pasar a caballo, las polainas bien lustradas y las alforjas en ancas por esas calles empedradas de la Heredia vieja, camino a la casa de don Juan. En las alforjas traía dos botellas de agua de San José. Cuentan que en cierta ocasión en que el Sr. Gobernador preguntó a su distinguido visitante por qué siempre que lo visitaba traía agua como si en Heredia no hubiera cañería, éste contestó: "el agua de aquí no se puede tomar", y luego agregó en son de broma: "mi amigo: yo aprecio mucho la vida".

Por éstas y muchas otras razones el Dr. Flores estaba empeñado en mejorar la cañería pero no había logrado su deseo por falta de dinero. Aconteció que en ese tiempo se firmó el contrato para la construcción del mercado, conteniendo las mismas cláusulas que el firmado en Cartago con el mismo fin. Una vez concluida la obra, la compañía se dispuso a entregarla formalmente, pero don Juan la rechazó por la siguiente razón: En el contrato se había estipulado que la compañía daría el mercado con piso de piedra viva y no cementado, como lo dió. Nuestro Benemérito don Ricardo Jiménez era el abogado de la compañía y después de discutir el problema con don Juan, acordaron que ésta rebajara 18.000 pesos por no haber cumplido con el requisito antes mencionado. El Sr. Gobernador decidió emplear este dinero en mejorar la cañería, pero por desgracia para la ciudad, fué separado de su puesto por razones de política.

Vino luego el gobierno de don Rafael Iglesias. Este Presidente dió la actual tubería, que costó 22.000 pesos. Una vez traída a la ciudad comenzaron los trabajos; habían puesto una gran parte, cuando se paralizaron y poco tiempo después, los tubos sobrantes fueron llevados a San José para el Liceo de Costa Rica.

Por último, en la segunda administración de don Ricardo, fué construída la Subestación y los actuales estanques de "La Joya". Los trabajos de la construcción de éstos fueron dirigidos por el ingeniero don Manuel Benavides".

— :: —

Desperezóse un poco y dijo:

—Bueno, creo que por hoy hemos terminado la plática. Cuando quiera saber algo más, vuelva, las puertas estarán siempre abiertas.

En realidad, esas puertas estuvieron siempre abiertas para todo aquel que quisiera aprender algo o solicitar un consejo, para todos los buenos, para todos los que tuvieran buenas intenciones. Pero no para los perversos; éstos las encontraron siempre cerradas y temblaron ante su frase sencilla y valiente que cual látigo zahirió sus deshonrosas pretensiones o sus hechos que empequeñecían a la patria.

Me despedí, lleno el espíritu de gozo. En el camino, recordé aquella sentencia que otrora dijera el recordado Omar Dengo: "No me importaría que mis alumnos no aprendan Historia con don Tranquilino; él, por sí mismo, es una lección viva de civismo y de hombría de bien".

Y yo, su alumno de ayer, de hoy y de siempre, aprendí Historia y tuve ante mí la lección viva a que se refería el insigne educador.

— :: —

POR QUÉ TANTOS NIÑOS SON MAL EDUCADOS

— I —

Al seguirme, estimados compañeros, en este pequeño estudio, cuya publicidad encontráis en la Revista EDUCACIÓN, no busquéis nada nuevo de lo que tanto habéis estudiado; pero sí os proporcionaré ideas que os servirán para las conferencias con los padres de familia.

Hallaréis en mis páginas la educación del niño, desde los malos hábitos adquiridos en el vientre de la madre, hasta la edad donde la razón juega su gran papel de freno voluntario.

Enderezemos la ruta del niño, haciéndolo amo y señor de sus pasiones.

Hagamos comprender al padre de familia su responsabilidad respecto a sus hijos pues bajo su vigilancia está la salud del cuerpo y del alma.

Eduquemos, padres y maestros, desarrollando en ellos las facultades intelectuales por la instrucción y sus facultades morales por la educación.

De esta manera ayudaremos poco a poco a colocar al niño en lugar preferente en el cuerpo social, al hombre en el deber cívico y social, a la mujer en su papel principal de madre y de ama de casa. Para combatir la ignorancia, no hay más que un remedio, la educación práctica de las futuras madres de familia por medio de la enseñanza dada en los bancos de la escuela, o en forma ascendente, por medio de los libros de divulgación y conferencias a los adultos.

Desde los primeros días la vida del niño se hace viciosa por la ternera mal comprendida de algunos padres, los cuales desean a sus hijos toda la mayor felicidad y para ello lo cuidan con esmero, lo consienten, halagándolo, evitándole la más pequeña pena y, a medida que va creciendo, procuran

proporcionarle todos los placeres que su edad exige. Reconozco que es un sentimiento natural y loable en los padres que así piensan y hacen; pero, si profundizamos encontraremos no sin mucho esfuerzo, un egoísmo exagerado, ignorado y desconocido de parte de los padres.

Interrogadlos... y si son sinceros, confesarán y dirán que al proceder así su único fin es la felicidad de sus hijos, su tranquilidad y la satisfacción de proporcionarles todo el bien que esté a su alcance, para gozar ellos, "los padres", de haber dado a sus pequeñuelos el bienestar deseado. Inconscientemente es así como ellos los aman para ellos, por las alegrías, por sus alegrías que ellos dan y no por la alegría que el niño siente.

Si podemos llegar a hacer comprender al padre de familia este primer error, hemos podido llegar a plantar y hacer efectivo lo que yo llamaría el primer precepto de la educación. —"Olvidarse de sí mismo para servir al niño, no ver más que lo que puede satisfacer su pequeña naturaleza, sentir el verdadero amor filial, como padre y el de verdadero preceptor como maestro". Repito aquí lo que tantas veces se ha dicho: "Los padres son hechos para los hijos, y no los hijos para los padres".

Expuestas así las cosas, la educación debe tener una mira fija, un valor que esclarecer, un deber que cumplir; esa continua felicidad que deseamos dar al niño haciendo de su vida una interminable fiesta donde todos lo buscan, lo acarician, lo besan, le cantan y en cuyo ambiente nada falta a sus continuos caprichos, no es más que un regocijo momentáneo, el placer de un instante cuyo fin es la realidad escueta, dura, la realidad que nos hace recordar que cada uno ha nacido con una misión que cumplir, con un papel que desempeñar, con una mira precisa y justa, cuyo cumplimiento no se obtiene ablandado por el placer, sino endurecido por el trabajo, única fuente libertadora y de bienestar.

Agreguemos más aún; la terneza sin límites que prodigamos al niño va, sin desearlo nosotros, en oposición directa a la verdadera felicidad de su porvenir, ya que ella viene a despertar el apetito desencadenado hacia la sensualidad o por lo menos a las inclinaciones voluptuosas que serán, sin piedad más tarde, el tormento de su alma, cuya

cura no podrá lograrse más que por la reprensión de estos apetitos por medio de la práctica del deber y de la virtud, dando lugar aquí a un segundo precepto o regla: Tomad por única mira de la educación la felicidad del niño. He aquí una verdad, pero ha de ser la felicidad que se obtiene por el triunfo que sólo proporciona el aniquilamiento de la pasión dando campo al deber.

Tengo seguridad que alguno de vosotros se preguntará: "Pero, para la aplicación de estas reglas, es menester la práctica de la abnegación impregnada de amor y de terneza..."

—Es cierto, ya que el pequeñuelo refleja en todos sus gestos el deseo muy natural de sentirse amado, pero amado con sentimientos refrenados por la razón, con la terneza disciplinada por este solo pensamiento en bien e interés del niño: "Más vale hacerle bien que inclinarlo al placer proporcionándosele".

Explicadas de esta manera las cosas, vemos que la educación debe ser un hecho del dominio de la razón más que del corazón, ya que sólo aquélla se presta con su severidad, para hacer sentir la precisión del deber que más que a nadie, incumbe a los padres de familia.

En la página 38 de nuestro Código Civil, en el artículo 157, en su aparte 2º explica de una manera clara y precisa la obligación de alimentar, mantener, instruir y educar a los hijos, artículo que a la letra dice: "No sólo debe el padre de familia contar con qué satisfacer las necesidades de la vida del niño, sino también lo preciso para su educación y la enseñanza de una profesión u oficio". Yo agregaría: no permitir el matrimonio a los jóvenes que no se sientan capaces de poder asegurar a su descendencia, la salud en el cuerpo y el alma.

La mayoría de los matrimonios olvidan al casarse el deber más sagrado que la misma naturaleza les impone, no olvidar que el niño no busca a nacer y que, al engendrarlo, los padres se hacen responsables de la salud que transmitan.

El joven que impulsado por un sentimiento o pasión, que él mismo no sabría explicar, busca a contraer matrimonio aun llevando en su organismo el veneno activo de una enfermedad, tales como el alcoholismo, la morfinoma-

nía, la eteromanía, la cocainomanía, ya sea hombre o mujer, que olvidándose de esto, busca a procrearse, es culpable en el más alto grado; lo son igualmente aunque en menos escala los tuberculosos en proceso activo, y algunos neuróticos, los enfermos de disturbios mentales caracterizados y, en fin, todos aquellos pobres en salud que sienten el deber de no extender, procreándose, las taras terribles de sus males.

Volvamos de nuevo a nuestro Código Civil, el cual, dicho sea de paso, ha sido redactado acatando todas las necesidades del ciudadano costarricense.

Los términos alimentar y cuidar se explican por sí solos; pero quiero de una manera firme y enérgica hacer recordar a las madres de familia desde estas páginas, la obligación en que están de alimentar y cuidar a sus hijos desde el momento en que han sido concebidos, velar por ellos mucho antes de haber nacido éstos, evitando todo trastorno que pueda perturbar la armonía de sus órganos procreadores, el trabajo excesivo que pueda llevarlas al cansancio y aun todo aquel placer que pudiera comprometer la vida del pequeño que llevan en sus entrañas y una vez nacido, recordar que el único alimento que puede garantizar la salud de su pequeña existencia depende de su propia leche, al menos en los tres primeros meses, es decir, durante el período en el cual la lactancia es cuestión de vida o muerte en el presente o de mala o perfecta salud en el futuro. "La mejor nodriza no suple la más mediocre de las madres", —dice el Doctor León Petitt (Rev. Des mal. de la nutrition);— no siempre esta regla es cierta, ya que en algunas naciones y en los años que antecedieron a la actual guerra, en un treinta por ciento de sus poblaciones los recién nacidos eran alimentados por nodrizas por razones que sería largo enumerar, sin que tales medidas marcaran una alteración en la gráfica de mortalidad en esos países. Pero volvamos a los nuestros y confesemos que la mejor leche que el niño ha de recibir es la de su madre, ya que ésta es la única que está más exactamente adaptada al organismo de su hijo. Las únicas madres que pudieran ser dispensadas de esta delicada misión serían las que por causas de una enfermead contagiosa no pudieran nutrir a su prole, des-

tacándose en primer lugar las tuberculosas de lesiones activas, algunas enfermedades graves del corazón o de los riñones, o las que por una debilidad extrema no pudieran hacerlo.

En cuanto al biberón puedo agregar sin temor a equivocarme, que es la causa principal de muchísimos disturbios digestivos y vicios de alimentación, que si bien es cierto, no se revelan inmediatamente, se declaran durante la adolescencia o aun más tarde. El biberón alimenta mucho, pero no siempre bien.

Sin Isidro de Heredia.

Marcial Zúñiga Hernández,
Director de la Escuela José Martí.

(Continuará)

— :: —

INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DEL MOMENTO MORAZÁNICO

1)—Momento Morazánico 1821-1842.

Para André Maurois lo esencial en la biografía moderna es la "investigación valiente de la verdad". La historia no debe ser sino la verdad escrita. La tradición recoge el recuerdo de los hechos, adulterados por la flaqueza de la memoria de las gentes y por el sentir y la pasión que alienan cada uno de los que repiten el caso. Es cierto que también la historia suele adolecer de este defecto. Pero la comprobación de documentos que otros pueden leer y la propia ética del investigador, cuyo nombre pone en juego con cualquier adulteración voluntaria, ya garantizan la veracidad de la relación llevada al papel. La verdad nos hará libres., dicen las Sagradas Escrituras. La verdad debe inspirarnos siempre. Pero en esta ocasión no intentamos una biografía ni tratamos de escribir una página histórica. Sobre la vida del general Francisco Morazán se han amontonado los apuntes biográficos. En el siglo pasado porque se le tuvo como el más alto exponente del sentir unionista, unas veces; otras, con motivo de homenajes póstumos, en los diferentes países donde le tocó actuar. Últimamente hemos leído cantidad de referencias con ocasión del centenario de su muerte. Pocas figuras han sido tan discutidas como la de Morazán. A unos los apasiona hasta el grado de que llegan a ponerlo en paralelo con Napoleón, por su genio militar, o con Bolívar, por su acción libertadora. Como la historia la hacen los hombres,—y sus análisis están sujetos a sus propias pasiones, sus errores y sus equivocaciones—suele adolecer ésta de defectos de interpretación o de apreciación. Las cosas se juzgan, ya se dijo, según el color del vidrio con que se miran. Para unos, Morazán es un caudillo, un genio de la guerra y un político legislador; para otros,



GRAL. FRANCISCO MORAZAN
(Dibujo de Humberto Castro Saborio.-1942.)

fué un romántico que buscó en la fuerza de las armas el apoyo para realizar su gran ideal cívico: gobernar una gran nación.

En estas condiciones, nos proponemos intentar el retrato psíquico, el estudio del alma compleja del caudillo unionista y la interpretación del momento histórico en que le tocó actuar. Así podremos hacer un balance y situar a Morazán en el sitio de honor que le corresponde por su actuación política y militar, que ocupa no pocas páginas de

la historia centroamericana. Nuestro trabajo ha sido formulado en el decurso de pocas semanas y a ratos restados a la actividad periodística. Comprendemos que debimos disponer de mayor tiempo. Pero declaramos, también, que la figura de Morazán nos ha interesado desde que la conocimos en las lecciones de historia patria de la escuela primaria y que mucho hemos cavilado en el decurso de nuestros años de investigación histórica, tratando de concatenar las disímiles apreciaciones leídas para encontrar el justo medio en que se asientan el prestigio y la gloria del caudillo. La efemérides centenaria nos movió a concretar las ideas en estas páginas. Quizá habría sido preferible que nos aconteciera lo que a Stefan Zweig con la "Vida de Balzac",—su obra cumbre—, que después de veinte años de paciente trabajo hubo de suspenderla mientras se reabren las fuentes documentales, en la Europa convulsionada, en un supremo esfuerzo de parte de las naciones de arraigo democrático, por garantizar a la nueva humanidad el disfrute completo de la libertad y el goce amplio de la democracia, establecida sobre bases de justicia y de fraternidad.

A fuerza de prodigar elogios y de aplicar calificativos impropios, suelen deformarse las figuras que pasan a la historia por sus actuaciones. No nos extrañe que cien años hayan permitido deformar la figura de Morazán. Walt Whitman ha citado el caso de Abraham Lincoln. Se le atribuyen tantas anécdotas, se le han inventado tantas historias, ha sido objeto su vida de tal número de volúmenes, que ya cuesta distinguir el verdadero Lincoln, padre de la democracia norteamericana, del Lincoln falsificado.

**2)—Más que los hechos históricos en sí,
deben preocupar sus repercusiones.**

Del gran historiador mexicano, recientemente fallecido, Carlos Pereyra, se dijo: "Más que escritor de monografías, es un pensador que jerarquiza los hechos, que los sitúa en el plano justo que les corresponde, para deducir de ellos luminosas consecuencias y reflexiones". La historia suele adobarse y reformarse, con leyendas negras y blancas. Si no es a base de sinceridad, no se depura la historia. Si se

Señor Vicario del Estado de San Salvador de
 Campo

S. José, 11 de Mayo
 1812

Señor de mi mayor estimación y amistad
 Desde que salió del Perú, contengo el
 compromiso de mandar los restos del Sr. Don
 General Larrea, que están depositados en un
 bano.

Entre las muchas personas de longuivida
 q. me hicieron este encargo, se cuenta al Gene-
 ral D. Bernardino de quien debo la presente
 carta.

No dudo, pues, q. U. contribuirá por su parte
 al fin de cumplir esta operación de justicia y
 de gratitud. A este fin se remite allí por
 el Sr. Morazan, y yo me tomo la satisfacción de
 acompañarle copia del acta que debe celebrarse
 en los términos que se acostumbra
 en tales casos.

Me es muy satisfactoria, Señor Vicario, la
 noticia que me llega de que repete que soy con
 la mejor amistad su muy apasionado y
 atento q. d. s. m.

F. Morazan

Carta autógrafa del General Morazán.

amontonan fárragos de literatura, de ditirambos, nunca podrá hacerse obra perdurable. Autores consagrados afirman que es poco menos que imposible fijar la verdad histórica estricta; o sea en otras palabras, que esa verdad no existe prácticamente. El historiador, como el juez,—humano también—cuando lo es de verdad, ahonda la causa, analiza las condiciones psicológicas, compara las causas naturales, relee los documentos y las pruebas, estudia el medio geográfico, considera el ambiente, hace deducciones, interpreta los hechos y madura su fallo, que a veces le obliga a largas horas de vigilia. Es que hay un sentido de responsabilidad. El historiador debe tenerlo también.

Más que los hechos históricos en sí, han de preocuparnos sus repercusiones, sus alcances; los poderosos factores psicológicos determinantes. Especialmente cuando se trata de analizar actuaciones históricas de orden político, producto exclusivo de la espada de un hombre: Napoleón, Bolívar, Morazán. —¿Los grandes hechos históricos, son producto de la espada?, preguntaron un día a ese admirable prosista guatemalteco Carlos Wyld Ospina. Su respuesta fué: “Ningún guerrero, reformador ni estadista, por decisiva que se suponga su acción, posee la aptitud para determinar ni tampoco para evitar la realización de un hecho histórico que afecte a toda una nacionalidad o tenga proyecciones verdaderamente universales. Esto es, al menos, lo que indica la experiencia”. Hay que hacer la discriminación entre el hecho histórico y el genio individual. Los grandes hechos históricos no son, no pueden ser, producto exclusivo de la espada. Deben buscarse las profundas causas naturales, los poderosos factores psicológicos, que fueron parte determinante de esos hechos. Los genios individuales, los que se toman como tales, suelen rodearse de una aureola que realza su figura para quienes juzgan sin ahondar las causas. Y cuando el proselitismo cobra alcances, es difícil la tarea de reajuste histórico.

Aceptamos que “las acciones individuales son hechos de superficie,—simples fenómenos en la mayoría de los casos —y sólo sirven como materiales objetivos, porque apenas poseen el valor de un dato y la importancia de un índice que señala una causa original, sin determinarla. El devenir

histórico es producto de una mezcla: la voluntad y la predestinación biológica". No puede hacerse historia, pues, sin analizar la época en que el hecho se realiza, el medio en que el héroe actúa, sus condiciones psicológicas, sus antecedentes de familia. Hay que pesar hasta sus ANTEPASADOS. "De aquí la necesidad ineludible de la exégesis, la cual no puede partir sino de la interpretación racional de los hechos globales".

Perdónesenos que insistamos en las citas. Para dar base consistente a nuestro estudio es preciso reafirmar este concepto, de que los grandes hechos históricos no son producto exclusivo de la espada, y por eso agregamos estas ideas de Wyld Ospina: "Desde luego no lo son; no pueden serlo. Profundas causas naturales, poderosos factores psicológicos, son parte a determinar esos hechos. Aunque la historia no los tome en cuenta, porque se limita al relato de los sucesos como obra personal de sus actores, la historia está obligada a ir mucho más allá e investigar aquellas causas profundas. La tarea es ardua, difícil, hasta parecer a veces imposible, por la sencilla razón de que las influencias naturales y psíquicas no siempre tienen naturaleza ponderable. Establecer la existencia de tales factores y comprobar su acción, tanto en el medio como en el individuo, es cosa que entra a menudo en el campo hipotético, rehuído atinadamente por los historiógrafos. Pero la historiografía vale poco si no pide la ayuda de la historia". Sentadas estas premisas, nos declaramos de acuerdo con el periodista salvadoreño Viera Altamirano: sería preciso escoger el hombre capaz de hacer una biografía de Morazán, capaz de hacer un libro que ruede por el mundo entero, por la sinceridad con que esté escrito y el valor documental y analítico que lo caracterice.

Nos corresponde hoy,—y son pobres nuestros alcances,—hacer una interpretación histórica del momento morazanico. Es grande nuestra temeridad al intentarlo. Mas sería pobre nuestro homenaje a la memoria del gran caudillo centroamericano si nos limitáramos a hacer una biografía. Quizá sería una copia de una o la síntesis de las tantas que conocemos, y entre las cuales ocupa primer lugar la de don Lorenzo Montúfar, el apologista más entusiasta de 1879.

La figura de militar apuesto y valeroso; y su temperamento romántico y aventurero, han rodeado a Morazán de una aureola de gloria. Se le sitúa como un vocero del liberalismo imperante en aquella época, empeñado en consolidar nuestra independencia de España, y tal si esto fuera poco, se exalta su figura como la del visionario que fincó el porvenir de los pueblos istmeños en la federación, para formar una Patria Grande. Enfocada su figura de tan diversos ángulos, ha quedado fuera de foco. Sin restar méritos a su personalidad de gran batallador, sin regatear elogios cumplidos a su férrea voluntad, ni a su temperamento idealista, intentamos nuestro análisis interpretativo. Pero establecemos de previo que Morazán actuó como un gran romántico, adelantándose a su época, sin que estas conclusiones,—producto de un análisis ajeno a todo partidarismo— amengüen la brillantez de su obra unionista, que ha hecho posible que se le convierta en el símbolo de ese ideal, no realizado en el decurso de una centuria, y que quizá no hemos de ver realizado nosotros tampoco, a pesar de que las naciones pequeñas sólo tienen el amparo de sus dioses tutelares, de su cultura y de su civismo; del apego de sus pueblos a la justicia y del anhelo de fraternidad que las anime, en oposición a los móviles que mantienen en guerra a muchos países, envilecidos y envalentonados por el odio, que nada construye, y por las aspiraciones de grandeza que hicieron posible la existencia de los Atilas.

3)—Panorama centroamericano 1821-1842.

Hemos de enfocar, preferentemente, el panorama centroamericano en los azarosos días finales de la Colonia y los albores de la Independencia. La vida en los días coloniales sólo dejó un recuerdo ingrato: algunos conquistadores se impusieron por la fuerza de su espada; crearon fuertes tributos; trataron a los nativos como a pueblos sometidos. Por su lado, los clérigos levantaban templos y hospitales que exigían grandes inversiones; atemorizaban a sus fieles con los castigos, y si bien realizaban una obra piadosa de conversión al catolicismo, a la vez que llevaban consuelos materiales, allí donde hacían llegar los destellos de una nueva

civilización, es lo cierto también que esa obra pesaba sobre las pobres economías indígenas. Dos fuertes salidas tenían que soportar: las impuestas por las autoridades políticas y las que debían ofrecer como reconocimiento de su cristianización a los representantes de Cristo en sus tierras. Muchas cargas y pocos halagos, puede ser el resumen de la vida colonial. Caro se pagaron los esfuerzos civilizadores.

Intentemos un sucinto recuento de los factores determinantes del medio geográfico. La Independencia llegó como por obra y gracia del Dios de las Naciones. Gritos de rebeldía no dejaron de oírse, de tanto en tanto, aquí y allá, pero no puede decirse que la obra de la cultura cívica, ni la fuerza de la conciencia ciudadana, tuvieran entonces el impulso necesario para canalizar las aspiraciones libertadoras y realizar la conquista de la autonomía política, así exigiera una gesta heroica digna de la espada de un Bolívar, un San Martín o un Sucre. El oscurantismo era la nota dominante. Las clases altas cerraban toda posibilidad de instruirse a los grupos de indígenas que más tenían un carácter de bestias de carga, que el de seres humanos dignos de conmiseración y respeto.

Cinco secciones,—de características diferentes—de territorios no repartidos equitativamente, sino caprichosamente, a ratos sin saber con exactitud hasta dónde alcanzaban las fronteras de uno y otro; sin poblaciones semejantes, porque eran muchas las tribus indígenas que las formaban y unas vivían en guerra abierta con las otras; se robaban sus bienes, sus mujeres y se destruían sus rancharías, predominando la ley del más fuerte, y manteniendo vivo el odio, la sed de venganza, que estimulaban los golpes de sorpresa, para burlar las ventajas del mayor número de combatientes disponibles; su mejor adiestramiento para la guerra, tal el panorama geográfico-social. Era una vida agitada, de pillaje, robo y matanza, sin otro objeto que el de subyugar a los más débiles. Cinco provincias distanciadas y sin contar con medios fáciles de comunicación: ni caminos de tierra o agua, cómodos. Estas dificultades hacían tardía y a veces ineficaz la administración pública y la aplicación de la justicia. Los gobernadores podían sentirse amos y señores. Hay que sumar a esto que dichas provin-